

LAS EPÍSTOLAS DE PABLO



HECHOS, CAPÍTULOS DEL 4 al 7

Por Ronald L. Dart

Es casi imposible, remontándonos más de dos mil años, percibir el efecto que tuvieron las experiencias de la iglesia primitiva y de los primeros cristianos —los primeros que supieron qué se sentía ser un cristiano. ¿Qué efecto habrá producido el bautizar tres mil personas en un día? ¿Cuál habrá sido el efecto de ver milagros y que nuestros ministros principales caminaran por las calles y que tomaran de la mano a un hombre cojo de nacimiento y que lo levantaran y que hicieran que el hombre se pusiera en pie y que corriera y caminara? ¿Qué efecto habrá producido en la iglesia primitiva la abierta manifestación del espíritu santo, el derramamiento de ese espíritu en manifestaciones visuales y sonoras y el hablar en lenguas y que luego toda la iglesia estuviera orando y que el edificio fuera sacudido? Es difícil imaginarlo. Algo que no es difícil de imaginar es por qué alguien que estuviera allí y que hubiera experimentado estas cosas no quisiera regresar a casa. Si uno hubiese viajado desde Egipto o de Libia o de... digamos Antioquía y estuviera en Jerusalén y uno estuviera experimentado estas cosas preguntándose: ¿Qué irá a hacer Dios mañana?, uno no querría regresar a casa hoy en la noche; uno querría estar allí para ver lo que va a pasar mañana y supongo que no querían regresar a sus casas. Supongo también que aquellos que vivían en Jerusalén no querían que se fueran. Eran nuevos conversos; estaban en el momento emocionado del primer amor; disfrutaban los unos de los otros; vivían juntos; iban de casa en casa y comían y oraban juntos —era sencillamente maravilloso el estar juntos, así que se quedaron.

Pero el quedarse les ocasionó ciertos problemas (a ellos y a las personas de Jerusalén); ¿cómo los vamos a alimentar?, ¿cómo los vamos a hospedar?, ¿cómo los vamos a vestir? Y estos versículos finales del capítulo cuatro del libro de los Hechos se tratan de eso. No se trata de una nueva forma en la que la iglesia debe de financiarse o sobre una nueva forma de vida cristiana comunal; simplemente es una descripción de lo que un grupo de gozos cristianos hicieron en cierta época a fin de poder mantenerse juntos.

Se nos dice en Hechos 4:32:

“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran

poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos”.

Así era.

“Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las venían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad”

Era una época hermosa. Pienso que esperaban que el retorno de Cristo ocurriera en una época no muy lejana. El valor de las casas o de las tierras se había vuelto algo mínimo para ellos. Era más importante el estar juntos y había hermanos que tenían necesidad y la cercanía de estas personas era algo que jamás habían experimentado antes y que ciertamente jamás experimentarían otra vez —no realmente, no de la misma forma.

Se nos dice en el versículo 30 que un hombre llamado José... un hombre a quien llegaremos a conocer mucho mejor más adelante con el nombre de Bernabé...

“José, a quien los apóstoles pusieron por sobrenombre Bernabé (que traducido es, Hijo de consolación), levita, natural de Chipre, como tenía una heredad, la vendió y trajo el precio y lo puso a los pies de los apóstoles”

Es realmente maravilloso ver esa actitud en un hombre, ¿verdad? Y claro está que debido a este tipo de actitud, quienes lo conocían en vez de llamarlo José comenzaron a llamarlo “Bernabé”, que quiere decir “hijo de consolación¹” porque Bernabé era el tipo de persona que siempre estaba exhortando, siempre animado, siempre creía lo mejor, era generoso en extremo, le daría a uno la ropa que tenía puesta, “¿Qué necesitas? Aquí tienes. Me da gusto dártelo”. Su nombre y lo que hizo se registra para la posteridad, para toda la historia y los cristianos de todas las generaciones desde Cristo durante dos mil años han estado leyendo lo que este hombre hizo. Fue algo hermoso. Era admirado por todos.

Sin embargo, esa admiración llevaba en su seno las semillas del desastre, ya que a todos nos gusta ser admirados. No vacilo al decir que pienso que el propio Dios Todopoderoso puso en el corazón del hombre la necesidad de ser admirado —por lo menos, ser respetado; que se piense bien de uno, ciertamente. A ninguno de nosotros le gusta que se piense mal de uno. Y el respeto de nuestra gente, nuestros amigos, nuestra familia, es muy importante para nosotros. Pero sucede que se presenta la tentación de hacer algo que no debemos para ganar, para recoger, para aumentar o construir ese respeto, y se nos dice en el capítulo 4 y versículo 1:

“Cierta hombre llamado Ananías, con Safira su mujer, vendió una heredad, y sustrajo del precio, sabiéndolo también su mujer; y trayendo sólo una parte, la puso a los pies de los apóstoles”

¹ En el idioma inglés dice “hijo de exhortación”, que es otro significado de la palabra griega G3874 en el diccionario de Strong (Nota del Traductor).

Es difícil evaluar la conversación que se dio entre Ananías y Safira al respecto. Claro está que habían visto la admiración en la que se tenía a Bernabé; ellos mismos habían admirado el sacrificio que había hecho; y se pusieron a pensar consigo mismos en el momento emocionado del entusiasmo: ¿por qué no hacemos eso? Pero a la vez, había... vacilo en llamarlo “avaricia” porque después de todo, lo que tenemos aquí no era una propiedad que querían adquirir, sino que era una propiedad que ya les pertenecía. Y por alguna u otra razón, no querían renunciar a ella totalmente. Así que la vendieron y sustrajeron del precio y lo trajeron y lo pusieron a los pies de los apóstoles, pero Pedro le dijo a Ananías:

“¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al espíritu santo, y sustrajeses del precio de la heredad? Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti?”

Pues, por supuesto; era de ellos, les pertenecía.

“Y vendida, ¿no estaba en tu poder?”

¿Qué está diciendo? Está diciendo: 1) No tenían que vender la tierra y 2) después de haberla vendido, no tenían que dar el dinero; y si decidieran dar algo de dinero, no tenían que darlo todo. Estaba en su poder; tenían el derecho de conservar algo; tenían el derecho de dar algo; podían haber hecho lo que quisieran. El problema fue que querían la admiración, querían la adulación, pero simplemente no querían pagar el precio completo. Como mucha gente, querían regatear y querían la ganga, querían obtenerla pero no querían tener que pagarla completa, querían un descuento (por así decirlo) en la admiración de sus hermanos en la iglesia.

Este es un acontecimiento histórico único. No existe indicación de que Dios en alguna otra época en la historia humana vaya a hacer que las personas caigan muertas porque le mintieron al ministerio o incluso por haberle mentado a él, porque no me cabe duda de que hay personas en todo el mundo que le mienten a Dios todos los días. Le dicen: “Ay, Señor si me sacas de esta, te adoraré e iré a la iglesia y le devolveré aquel dinero a mi cuñado” y hacen más promesas que las que uno puede contar y que no han sido cumplidas. Las personas le mienten a Dios todo el tiempo y no se mueren, o de lo contrario las personas estarían cayendo como moscas en las calles de nuestras ciudades. No, no siempre acontecía. Dios tiene el hábito de hacer estas cosas de vez en cuando con el propósito de subrayar su gravedad y con qué ojos ve algunas de las cosas que hacemos.

Es bueno que no siempre nos quite la vida por mentir, porque —a decir verdad— lamentamos nuestras mentiras y nos lamentamos por lo que hacemos y nos lamentamos por nuestro egoísmo y por nuestra codicia y por nuestro ego y por las necedades en las que nos involucramos ¡y tenemos tiempo para arrepentirnos y dar la media vuelta! Espero que Ananías y Safira —supongo que así será— tengan la oportunidad de arrepentirse en la otra vida de la insensatez que cometieron. Sin embargo, a la vez, es una lección para todos nosotros.

Pedro le dijo: “¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué concebiste esto en tu corazón?”

“No has mentido a los hombres, sino a Dios. Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró. Y vino un gran temor sobre todos los que lo oyeron”

Ahora bien, Lucas no nos dice que Dios mató a Ananías, simplemente dice que expiró. Debió haber sido un sobresalto terrible para él —el venir, poner ansiosamente el dinero ante Pedro y decir: Aquí está; vendimos una propiedad; aquí está todo; sólo queremos ayudar en la Obra del Señor y que Pedro lo haya visto directamente a los ojos y que le haya dicho: ¿Por qué has decidido mentirle a Dios? Al tener esa tierra, a ti te pertenecía y al venderla, el dinero era tuyo. ¿Por qué tuviste que mentirnos al respecto? Eso lo golpeó. Lo golpeó lo suficiente como para haberle causado un ataque cardíaco —hasta donde sabemos, ya que Lucas no dice que Dios lo mató. Es, por supuesto, un acontecimiento trágico.

“Y levantándose los jóvenes, lo envolvieron, y sacándolo, lo sepultaron. Pasado un lapso como de tres horas, sucedió que entró su mujer, no sabiendo lo que había acontecido”

Su esposo estaba muerto y sepultado y ella ni siquiera lo sabía.

“Entonces Pedro le dijo: Dime, ¿vendisteis en tanto la heredad? Y ella dijo: Sí, en tanto. Y Pedro le dijo: ¿Por qué convinisteis en tentar al Espíritu del Señor? He aquí a la puerta los pies de los que han sepultado a tu marido, y te sacarán a ti. Al instante ella cayó a los pies de él, y expiró”

Tremendos acontecimientos.

“y cuando entraron los jóvenes, la hallaron muerta; y la sacaron, y la sepultaron junto a su marido. Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas”

¡Qué tremendo esto que experimentó la iglesia! Como dije, esto no ocurrió el día siguiente o el que le sigue. Me atrevo a decir que después de eso, y por algún tiempo, a nadie se le ocurrió mentirle a Dios.

Algo como esto probablemente jamás ha ocurrido otra vez en la historia de la humanidad; y solamente ocurrió y fue escrito en esta ocasión para remarcar la insensatez de tratar de obtener exaltación en la iglesia por medio de un regalo falso, cuando el corazón de uno no está en ello y cuando uno no es —en realidad— del espíritu que uno está fingiendo ser. Si usted es generoso y de buen corazón, entonces de y de ante Dios y sea generoso ante Dios y no se moleste en que la derecha sepa lo que la izquierda hace. No de limosna para ser alabado por los hombres, no de presentes a la iglesia y luego ande hablando sobre ellos a todo mundo, pues lo que uno ha hecho allí es dejar que el ego se involucre en el servicio de Dios y cuando el ego se involucra en ese servicio, éste se vuelve completa y totalmente inútil. Vayamos ahora a Hechos 5 y versículo 12:

“Y por la mano de los apóstoles se hacían muchas señales y prodigios en el pueblo; y estaban todos unánimes en el pórtico de Salomón. De los demás, ninguno se atrevía a juntarse con ellos; mas el pueblo los alababa grandemente”

Supongo que hubo una época en la que no había muchos que se añadían a los apóstoles, porque eso es lo que quiere decir con “ninguno se atrevía a juntarse con ellos” —les tenían miedo, pero el pueblo los alababa grandemente.

Y prosigue diciendo:

“Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres; tanto que sacaban los enfermos a las calles, y los ponían en camas y lechos, para que la pasar Pedro, a lo menos su sombra cayese sobre alguno de ellos. Y aun de las ciudades vecinas muchos venían a Jerusalén, trayendo enfermos y atormentados de espíritus inmundos; y todos eran sanados”

Cada uno de ellos. Es difícil imaginar cómo habrá sido Jerusalén mientras acontecían todas estas cosas.

Ahora bien, mientras esto ocurría y a medida que se hablaba de ello y se corrían la voz por una y otra calle, había un grupo de personas que se empezaron a preocupar sobre lo que pasaba. Tenían parte de la evidencia, habían escuchado historias sobre el resto de ella, pero estaban alarmados por la fuerza de este movimiento. Este grupo estaba compuesto por: el sumo sacerdote y los saduceos quienes conformaban la secta que estaba con él.

Versículo 17:

“Entonces levantándose el sumo sacerdote y todos los que estaban con él, esto es, la secta de los saduceos, se llenaron de celos; y echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la cárcel pública”

“Estos revoltosos tienen que irse a la cárcel”, no obstante que habían sanado a muchas personas.

“Mas un ángel del Señor, abriendo de noche las puertas de la cárcel y sacándolos, dijo: Id, y puestos en pie en el templo, anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida”

No fueron dejados en la cárcel. Aquí están: en la cárcel; la puerta se abre; los guardas duermen y hay un ángel que les dice: Salgan, quiero que se vayan directo al templo y empiecen a predicar de nuevo. Salen. Él cierra la puerta y todos salen y entonces (y sólo entonces) se despiertan los guardias.

“Habiendo oído esto, entraron de mañana en el templo, y enseñaban. Entre tanto, vinieron el sumo sacerdote y los que estaban con él, y convocaron al concilio y a todos los ancianos de los hijos de Israel, y enviaron a la cárcel para que fuesen traídos”

Todos están juntos y dicen: Bueno, tráiganlos y tengamos una audiencia.

“Pero cuando llegaron los alguaciles, no los hallaron en la cárcel; entonces volvieron y dieron aviso, diciendo: Por cierto, la cárcel hemos hallado cerrada con toda seguridad, y los

guardas afuera de pie ante las puertas [y dijeron que no había pasado nada durante toda la noche]; más cuando abrimos, a nadie hallamos dentro”

¡¿Qué?! ¿Cómo pudo pasar esto?

“Cuando oyeron estas palabras el sumo sacerdote y el jefe de la guardia del templo y los principales sacerdotes, dudaban en qué vendría a parar aquello. Pero viniendo uno, les dio esta noticia: He aquí, los varones que pusisteis en la cárcel están en el templo, y enseñan al pueblo. Entonces fue el jefe de la guardia con los alguaciles, y los trajo sin violencia, porque temían ser apedreados por el pueblo”

Y eso pudo haber pasado fácilmente ya que para este entonces el pueblo estaba impresionado; habían visto personas sanadas en todos lados, habían escuchado la predicación de estos hombres, sus corazones habían ardido en su interior al escuchar el mensaje de ellos. De hecho, probablemente hubieran apedreado a los oficiales que fueron enviados para que los trajesen si hubiera habido violencia alguna.

“Cuando los trajeron, los presentaron en el concilio, y el sumo sacerdote les preguntó, diciendo: ¿No os mandamos estrictamente que no enseñaseis en ese nombre? Y ahora habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre”

¿En serio? —este es un paréntesis interesante de la historia.

Una de las cosas que les preocupaba cada vez más era que la multitud los consideraba responsables de la muerte de Jesús. Cuando uno añade ese factor, el asunto cobra un poco más de sentido. El hecho de que haya un grupo de hombres que anden por las calles sanando a las personas, sanando a los enfermos y predicando buenas noticias y misericordia y compasión y todas esas cosas buenas presentaría —por sí mismo— cierto problema que habría que resolver (pero sería un problema relativamente menor, aunque sí sería visto como un problema); pero cuando aquellos hombres empezaron a decir que los líderes del pueblo eran responsables por la muerte del hombre por cuyo nombre estaban sanando a todas estas personas, el problema es otro completamente.

De cualquier manera, cuando estos hombres hubieron hecho la acusación, *“Pedro y los otros apóstoles, dijeron: Es necesario que obedezcamos a Dios antes que a los hombres”*.

Esa es una declaración muy directa. Es muy difícil discutirla. Y desde hace muchísimo tiempo —de hecho, desde aquel día hasta ahora— esa ha sido la declaración de cristiano tras cristiano justo antes ir a su muerte. *“Es necesario que obedezcamos a Dios antes que a los hombres”*

“El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y

también el espíritu santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen. Ellos, oyendo esto, se enfurecían y querían matarlos”

Se apartaron y dijeron: “Estos hombres tendrán que morir; andan diciéndole a las personas que nosotros matamos a Jesús; van a traer la sangre de este hombre sobre nuestra cabeza; se nos va a venir encima una total revolución”

“Entonces levantándose en el concilio un fariseo”

La mayoría de los hombres que estaban presentes en el concilio eran saduceos, según concluyo yo, pero este era un fariseo llamado Gamaliel, era doctor de la ley y resulta que era el hombre que le enseñó al apóstol Pablo. Pablo fue instruido a sus pies; era un gran maestro; era conocido; Pablo había viajado desde Tarso para aprender de él y sospecho que en aquella época Pablo estaba en las clases de Gamaliel y aprendiendo de él.

“Gamaliel, doctor de la ley, venerado de todo el pueblo, mandó que sacasen fuera por un momento a los apóstoles”

Esto se hizo con el propósito de poderles hablar en privado al resto del concilio.

Y aquí tenemos uno de los mejores ejemplos de sabiduría y consejo que jamás haya recibido un grupo de hombres.

“Y luego dijo: Varones israelitas, mirad por vosotros lo que vais a hacer respecto a estos hombres. Porque antes de estos días se levantó Teudas, diciendo que era alguien. A éste se unió un número como de cuatrocientos hombres; pero él fue muerto, y todos los que le obedecían fueron dispersados y reducidos a nada”

¿No es así? Todos asienten con la cabeza.

“Después de éste, se levantó Judas el galileo, en los días del censo, y llevó en pos de sí a mucho pueblo. Perekó también él, y todos los que le obedecían fueron dispersados”

¿Verdad? Todos sabiamente asintieron con la cabeza.

“Y ahora os digo: Apartaos de estos hombres, y dejadlos; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; mas si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios”

Eso se llama sabiduría; y es sabiduría del más alto calibre. Sin embargo, a lo largo de los siglos ha sido ignorada vez tras vez por las personas religiosas quienes, de alguna u otra manera, se sienten motivadas a defender a Dios en contra de los herejes. “Aquí tenemos a este agitador que viene y predica esta falsa doctrina y es nuestro trabajo defender a las personas en contra de tal hombre”. Y entonces usan las armas con las que cuentan; excomulgan a las personas por escucharlo; amenazan a las personas con respecto a su vida eterna si escuchan una sola palabra; tratan de encerrarlo en toda forma que puedan; manchan su reputación, si es necesario. Mienten para

defender la Verdad —cosa que constituye el más grande absurdo. Y cuando han tenido el poder para hacerlo, siempre ha habido alguien que esté presto a matar para proteger la verdad.

Él les dijo: “Hermanos, no tenemos que hacer esto; no lo amerita. Si esto es de hombres, se desvanecerá y si es de Dios... bueno, ¿acaso no deberíamos de abstenernos de interferir, no sea que nos hallemos luchando contra Dios?”

Estuvieron de acuerdo; de hecho, tuvieron que estar de acuerdo.

“Y llamando a los apóstoles, después de azotarlos”

Suena terrible pero en aquella época era algo relativamente común el azotar a una persona (incluso por crímenes menores; aquellas cosas que usted y yo veríamos como grandes crímenes eran castigadas con la muerte).

“Y llamando a los apóstoles, después de azotarlos, les intimaron que no hablasen en el nombre de Jesús, y los pusieron en libertad. Y ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre. Y todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo”

Es curioso esto de los discípulos de Jesucristo. En cualquier momento y en cualquier lugar en el que uno se los encuentre, la persecución simplemente no los calla. Los golpean y en lugar de salir y amargarse sobre lo que les ha acontecido, ¡dan gracias a Dios, alaban a Dios, cantan himnos de alabanza, gritan y se regocijan por habérseles permitido padecer afrenta por causa del Nombre de Jesucristo. Así que ¿de qué sirve tratar de oprimir o suprimir a los discípulos de Jesús?

Capítulo 6 ahora; versículo 1:

“En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquellos eran desatendidas en la distribución diaria”

Para este entonces, la iglesia se había desarrollado; la cantidad de discípulos se había multiplicado, había varios miles de personas en Jerusalén y sus alrededores en aquel entonces. Y, claro está, la iglesia ha comenzado en una forma relativamente no sistematizada; cuando alguien sabía de algo, alguien se encargaba de ello y aparentemente se había establecido una especie de rotación diaria de llevar comida y otras cosas para las necesidades de la vida a las viudas y los pobres de la iglesia. El problema fue que no estaba realmente muy bien organizado y para que se llevara a cabo dependía de unas pocas personas. Es posible que estas pocas personas no supieran de todo mundo. Pudo haber sido descuido por parte de ellos; pudo haber sido negligencia voluntaria y que estuvieran teniendo una actitud de racismo, pero sospecho que fue puramente un asunto de desorganización —que las personas que estaban principalmente involucradas en la actividad de distribuir alimento eran personas judías en la iglesia (eran hebreas de origen étnico judío) y las personas que ellas conocían también eran hebreas y simplemente las estaban atendiendo. Había griegos; básicamente eran gentiles, eran personas que no eran parte de la raza judía, pero que

estaban en la iglesia y ellos empezaron a sentir que lo que aquí pasaba era que se estaba metiendo una actitud racista a la iglesia. Ellos interpretaron la desorganización (cosa que sospechamos que ocurría) como racismo deliberado por parte de la iglesia. Esto, claro está, eran malas noticias para todos los involucrados y, por lo tanto, como resultado de este descuido los apóstoles se dieron cuenta muy rápidamente de que se necesitaba organizar mejor la iglesia.

Ahora bien, es muy interesante que aquí no hay revelación divina. Lo que se les presentó a los apóstoles era un problema que había que atender. Entonces al presentarse el problema, se reúnen y se ponen a pensar en el problema y deciden qué tiene lógica y emplean el razonamiento humano normal y sentido común a la situación y presentan una solución. Siento que es importante que entendamos esto: No nos estaban presentando algún patrón que tenía que ser seguido a lo largo de las generaciones como un método de organización, o estructura o jerarquía eclesiástica divinamente revelada. Lo que estaban tratando de hacer era solucionar un problema y esto es lo que propusieron para hacerlo.

Hemos visto esto como la primera ordenación de diáconos en la iglesia —y sospecho que eso fue, ya que la palabra “distribución” en el versículo 1 es la palabra griega “diakonia” de donde se deriva “diácono”; es la forma verbal; si uno usaría el vernáculo supongo que uno diría “diakonar”; estos hombres eran diáconos, su responsabilidad era atender a las personas en la iglesia. La palabra significa “ministrar” pero no como un hombre del clero o como anciano. La palabra “ministrar” según la usamos hoy en día ha adquirido un significado distinto. Uno puede ser una persona con una enorme responsabilidad en el gobierno y ser llamado “Ministro de economía”, o “Ministro de relaciones exteriores”, o de esto o lo otro —una persona que ocupa un rango en el gobierno. Sin embargo, no era eso lo que el término significaba en el uso griego de la palabra “diakonia”; simplemente quería decir “servir; levantarse y servir mesas; poner comida ante los que estaba allí sentados” —eso es lo que los siervos hacían. Los siervos también les lavaban los pies a las personas; le sostenían el abrigo a una persona que quería ponérselo y ese es el sentido en el que estamos aquí viendo a estos nuevos “oficiales” en la iglesia (si queremos darles esa denominación).

Tengamos ahora en mente que los apóstoles sencillamente están tratando de solucionar un problema.

“Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas”

Notemos que no apelaron a las Escrituras o a la revelación divina sino que a la razón, al sentido común; dijeron: “Vean, hermanos, no tiene sentido que dejemos la palabra de Dios y vayamos a servir mesas” y todos estarían de acuerdo con eso. Aquí hay doce hombres que pasaron tres años y medio con Jesucristo y fueron instruidos personalmente por él, que tenían el poder del espíritu santo, que predicaban poderosa y eficazmente y estaban cambiando las vidas de las personas y ¿queremos apartarlos de la Obra y que estén apagando pequeñas trifulcas entre las viudas? ¡Por favor! Por supuesto que era ilógico y todos asintieron con la cabeza sabiamente y dijeron: “No. Nosotros entendemos. No es justo que ustedes, caballeros, dejen la palabra de Dios y se ocupen

de la organización y estructura y de las pequeñeces que tenemos que hacer aquí en la iglesia local”.

Así que los apóstoles dijeron:

“Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del espíritu santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo”

Pregunta: ¿Cómo lo hicieron? Aquí nos encontramos parados; somos como cuatrocientos o quinientos y estamos frente a los apóstoles y dicen: “Miren, hermanos, esto no tiene sentido. Queremos que busquen entre ustedes a siete hombres honrados que cumplan con estas características, a quienes podamos poner y designar y darles el trabajo de llevar a cabo esta responsabilidad”. Luego los apóstoles se van a trabajar y nos dejan a nosotros para que los busquemos. ¿Qué vamos a hacer para buscarlos? Mucho han hablado las personas sobre si fueron elegidos o cómo se hizo, pero lo cierto es que alguien tuvo que haber dicho: “¿Qué piensas de fulano?” y tuvo que haber habido alguna plática y tuvo que haber habido algún método de nominación de la selección de estos siete hombres. Así que tenían que hacerlo.

Prosiguieron diciendo:

“Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del espíritu santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo”

Tenía que ver con las responsabilidades que tienen que hacerse en una iglesia local.

“Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra”

Esto versus la “ministración” de la que se habló en el versículo 1. Así que tenemos por primera vez una dicotomía, una separación de responsabilidades en la iglesia entre aquellos que son responsables del ministerio de la palabra y los que son responsables del ministerio de atender a las necesidades de las personas en una iglesia local.

Capítulo 6, versículo 5:

“Agradó la propuesta a toda la multitud; y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y del espíritu santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas, y a Nicolás prosélito de Antioquía; a los cuales presentaron ante los apóstoles, quienes, orando, les impusieron las manos”

Ahora bien, realizaron esto como la transferencia de parte de la autoridad de ellos. En esencia, de eso se trata la imposición de manos, ya que cuando Moisés le impuso manos a Josué ante todo el pueblo de Israel de la antigüedad, se dice que le puso parte de su poder, de su honor, sobre Josué a fin de que las personas lo respetaran y aceptaran las responsabilidades que él estaba realizando². Y entonces la idea de imponer manos ha sido un factor constante en la iglesia a lo

² Números 27:18-23 (N. del T.)

largo de las generaciones sobre el traspaso de la autoridad, el otorgamiento de la autoridad y responsabilidad en la iglesia.

Ahora bien, la responsabilidad que les fue dada a estos hombres no fue pesada, aunque sí era más que solamente poner platos de comida sobre la mesa —había más responsabilidad ya que no había necesidad de que se dieran los requisitos de “siete varones de buen testimonio, llenos del espíritu santo y de sabiduría”... o sea, ¿quién necesita el espíritu santo para atender mesas? Así que había un aspecto espiritual en las responsabilidades de estos hombres y claro está que también sigue existiendo en la idea de la imposición de manos sobre estos hombres. Y la multitud eligió a Esteban, por ejemplo, un hombre lleno de fe y del espíritu santo —no es exactamente el requisito que yo esperaba que fuese dado para una persona que va a servir mesas.

Creo que en este caso los apóstoles al decir “servir a las mesas” estaban hablando eufemísticamente, estaban usando una hipérbole, estaban exagerando su argumento al decir “servir a las mesas” ya que eran los aspectos físicos de la administración de la iglesia, que sin embargo eran intensificados por los dones del espíritu santo. Es decir, el hecho de que los hombres tuvieran el espíritu de Dios hacía que su honestidad fuera un poco más probable en la administración de los fondos confiados a ellos.

Así que les impusieron manos y fueron asignados a sus responsabilidades y se dice algo interesante en el versículo 7; dice que la palabra de Dios creció. Es interesante. Lo que esto da a entender es que como resultado del recurso humano y de la organización y del hecho de que ahora estaban operando de una forma un poco más eficaz, la Obra se hacía de mejor manera.

“Crecía la palabra del Señor, y él número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían la fe”

Es un resultado interesante, y como dije, lo que esto da a entender es que debido a que pusieron las cosas en orden, debido a que eran más eficaces, debido a que silenciaron las murmuraciones que se estaban dando en la iglesia y dieron una mejor cara de unidad ante las personas de la comunidad, que el resultado final fue una iglesia mejor equipada para servir a las personas que venían a ellos —era coordinada y más eficaz.

Se nos dice que de estos siete hombres, Esteban era más bien inusual.

“Y Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo”.

No se nos dice inmediatamente que el hombre era un predicador, aunque ciertamente por los acontecimientos que siguieron tendríamos que concluir que lo era. También sabemos que Felipe —uno de los hombres que fue ordenado— es llamado un evangelista más adelante, y hemos especulado sobre cómo es que aquí tenemos a siete hombres que fueron ordenados como diáconos y uno de ellos se convierte en un obrador de milagros y otro se convierte en un evangelista muy poderoso y eficaz que lleva a cabo la Obra y sin embargo fueron ordenados como lo que nosotros llamamos “diáconos”.

Yo creo que la verdad es que cuando uno impone manos sobre un hombre y le pide a Dios que lo aparte para su Obra y que le de los dones necesarios para llevar a cabo esa Obra, uno no tiene mucho que decir sobre qué don Dios decida darle, ¿o sí? Me sentiría extraño al estar de pie orando e imponiéndole las manos a un hombre para ordenarlo y pidiéndole a Dios: “Quiero que le des a este hombre el don de profecía”. ¿Es esa mi decisión? ¿Tengo yo el derecho de pedir eso? Porque, de hecho, si Dios va a usar a un hombre como profeta, ¿no es él quien decidiría y no yo? Yo ciertamente pensaría que sería él. Y a decir verdad, yo no pienso que los apóstoles ordenaron a uno de estos hombres para que hiciera milagros y otro para que fuera un evangelista; creo que los ordenaron para que se ocuparan de la tarea de atender las necesidades cotidianas de la iglesia local para que pudieran continuar con su trabajo que se les otorgó como un don. Creo que lo que pasó fue que a medida que estos hombres empezaron a ser utilizados, Dios, por medio de su sabiduría y como resultado de su decisión, les entregó los dones que necesitaban para continuar con aquello que él quería que realizaran.

Cualquiera que haya sido la razón, se muestra que Esteban estaba lleno de fe y de poder y al estar ocupándose de las necesidades de la iglesia y haciendo el trabajo que se le dio, (aparentemente) estaba sanando a los enfermos y entiendo que haciendo milagros de otro tipo —que no son descritos aquí.

Luego, en el versículo 9 dice:

“Entonces se levantaron unos de la sinagoga llamada de los libertos, y de los de Cirene, de Alejandría, y de Cilicia”

Que, por cierto, era donde se encontraba Tarso y puede explicar por qué más adelante nos encontramos con un hombre llamado Saulo entre el grupo de personas que perseguía a Esteban.

“Y de Asia, disputando con Esteban”

Se metió en una gran discusión con estas personas.

Ahora bien, probablemente había cuatrocientas noventa sinagogas en Jerusalén en aquel entonces y tendían a agruparse según lo que tenían en común; si eran de cierta área, tendían a unirse; si eran libres tenían que agruparse y esta idea de los “libertos” eran personas que habían sido liberadas o que eran libres, lo cual da a entender que tenían ciudadanía romana no como aquellos que podrían carecer de este distintivo.

“Pero no podían resistir a la sabiduría y al espíritu con que hablaba”

Claro está que cuando uno tiene la verdad de su parte y uno sabe que está en lo correcto, es muy difícil para alguien minar los argumentos que uno tiene.

“Entonces sobornaron a unos para que dijese que le habían oído hablar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios”

Es asombroso, pero es típico, es muy típico (incluso de parte de hombres educados, de los intelectuales); que cuando la razón y el poder del intelecto han fracasado, recurren a subterfugios. Como dije antes, aquí tenemos a personas que sobornan a un mentiroso y ¿cuáles eran sus motivos? ¿Había motivos para hacer algo malo? ¿Creían que estaban llevando a cabo un hecho malvado? ¿Cómo lo justificaron? Bueno, es obvio, ¿verdad? Creían que tenían la Verdad. Como un artículo de fe creían que tenían la Verdad y era necesario que ellos defendieran la Verdad, que protegieran la Verdad y que protegieran al hombre común del error y de la herejía y de los predicadores de doctrinas falsas, ¿verdad? De alguna manera tenían que proteger a estas personas porque mientras que los intelectuales, los inteligentes, los que tenían educación podían entender y sabían de sobra, el pobre bobo común no sabría, sería succionado por este predicador y “por lo tanto, ¡tenemos que hacer algo al respecto!” Por supuesto que nunca se les ocurrió que como intelectuales no podían con Esteban y ellos mismos estaban a punto de recurrir a las pedradas como el último argumento.

Sin embargo, siempre hay personas que sienten que deben proteger la Verdad y ser defensores de la fe y como dije antes, la locura suprema, el absurdo supremo es creer que uno debe mentir para proteger la Verdad.

Así que sobornaron a ciertos hombres, contrataron mentirosos y vinieron y dijeron: “Le hemos oído decir palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios”. No creo que hubiera muchas personas que lo creyeran seriamente, pero era conveniente.

“Y soliviantaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas; y arremetiendo, le arrebataron, y le trajeron al concilio. Y pusieron testigos falsos que decían: Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra este lugar santo y contra la ley; pues le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que nos dio Moisés. Entonces todos los que estaban sentados en el concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel”

Lo vieron a los ojos y vieron a un hombre honesto. Vieron a un hombre honesto, vieron una cara angelical; no vieron una cara que era engañosa o áspera; no vieron la cara de un mentiroso; no vieron la cara de un blasfemo; no vieron la cara de un demonio; vieron la cara que podría ser la de un ángel.

Capítulo 7, versículo 1:

“El sumo sacerdote dijo entonces: ¿Es esto así? Y él dijo: Varones hermanos y padres, oíd: El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia, antes que morase en Harán, y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré. Entonces salió de la tierra de los caldeos y habitó en Harán; y de allí, muerto su padre, Dios le trasladó a esta tierra, en la cual vosotros habitáis ahora. Y no le dio herencia en ella, ni aun para asentar un pie; pero le prometió que se la daría en posesión, y a su descendencia después de él, cuando él aún no tenía hijo. Y le dijo Dios así: Que su descendencia sería extranjera en tierra ajena, y que los reducirían a servidumbre y los

maltratarían, por cuatrocientos años. Mas yo juzgaré, dijo Dios, a la nación de la cual serán siervos; y después de esto saldrán y me servirán en este lugar. Y le dio el pacto de la circuncisión; y así Abraham engendró a Isaac, y le circuncidó al octavo día; e Isaac a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas. Los patriarcas, movidos por envidia, vendieron a José para Egipto”

Ahora bien, no sé (haciendo una pausa sólo por un momento) con qué fuerza estaba Esteban tratando de meterse en esta discusión en una etapa temprana, pero la ilustración, o la interpretación, de los motivos de los hermanos de José, de ser “movidos por envidia” es importante; es importante darse cuenta de que José era —en cierto sentido— un tipo de Cristo y que fue totalmente por envidia que incluso Jesucristo fue entregado³. Él dice que este tipo de envidia es muy antiguo en nuestra historia porque nosotros, nuestros hermanos, vendimos a José para Egipto cuando era joven.

“Pero Dios estaba con él, y le libró de todas sus tribulaciones, y le dio gracia y sabiduría delante de Faraón rey de Egipto, el cual lo puso por gobernador sobre Egipto y sobre toda su casa. Vino entonces hambre en toda la tierra de Egipto y de Canaán, y grande tribulación; y nuestros padres no hallaban alimentos. Cuando oyó Jacob que había trigo en Egipto, envió a nuestros padres la primera vez. Y en la segunda, José se dio a conocer a sus hermanos, y fue manifestado a Faraón el linaje de José. Y enviando José, hizo venir a su padre Jacob, y a toda su parentela, en número de setenta y cinco personas. Así descendió Jacob a Egipto, donde murió él, y también nuestros padres; los cuales fueron trasladados a Siquem, y puestos en el sepulcro que a precio de dinero compró Abraham de los hijos de Hamor en Siquem. Pero cuando se acercaba el tiempo de la promesa, que Dios había jurado a Abraham, el pueblo creció y se multiplicó en Egipto, hasta que se levantó en Egipto otro rey que no conocía a José. Este rey, usando de astucia con nuestro pueblo, maltrató a nuestros padres, a fin de que expusiesen a la muerte a sus niños, para que no se propagasen. En aquel mismo tiempo nació Moisés, y fue agradable a Dios; y fue criado tres meses en casa de su padre. Pero siendo expuesto a la muerte, la hija de Faraón le recogió y le crió como a hijo suyo. Y fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras. Cuando hubo cumplido la edad de cuarenta años, le vino al corazón el visitar a sus hermanos, los hijos de Israel. Y al ver a uno que era maltratado, lo defendió, e hiriendo al egipcio, vengó al oprimido. Pero él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya; mas ellos no lo habían entendido así. Y al día siguiente, se presentó a unos de ellos que reñían, y los ponía en paz, diciendo: Varones, hermanos sois, ¿por qué os maltratáis el uno al otro? Entonces el que maltrataba a su prójimo le rechazó, diciendo: ¿Quién te ha puesto por gobernante y juez sobre nosotros? ¿Quieres tú matarme, como mataste ayer al egipcio?

Y supongo que eso le dio qué pensar a Moisés porque decidió que le convendría más irse.

³ Mateo 27:18; Marcos 15:10 (N. del T.)

“Al oír esta palabra, Moisés huyó, y vivió como extranjero en tierra de Madián, donde engendró dos hijos. Pasados cuarenta años, un ángel se le apareció en el desierto del monte Sinaí, en la llama de fuego de una zarza. Entonces Moisés, mirando, se maravilló de la visión; y acercándose para observar, vino a él la voz del Señor: Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. Y Moisés, temblando, no se atrevía a mirar. Y le dijo el Señor: Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra santa. Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su gemido, y he descendido para librarlos. Ahora, pues, ven, te enviaré a Egipto. A este Moisés, a quien habían rechazado, diciendo: ¿Quién te ha puesto por gobernante y juez?, a éste lo envió Dios como gobernante y libertador por mano del ángel que se le apareció en la zarza”

Ahora bien, recuerden que todo esto que Esteban les está relatando a estos hombres les es muy conocido; no es como si fuera algo que ellos jamás han escuchado; sin embargo, la selección de los acontecimientos, la interpretación de los acontecimientos, probablemente en cierta medida el tono de voz de Esteban, estaba transmitiendo cierto significado y echando los cimientos para otras cosas que Esteban se proponía decir.

En primer lugar, Moisés fue rechazado por Israel exactamente como fue rechazado Jesús y Jesús era (en cierto sentido) un segundo Moisés. El pueblo de Israel (los judíos especialmente) había dicho de Jesús “¿Quién te ha puesto por gobernante y juez sobre nosotros?” exactamente como lo habían hecho con Moisés. Así que Esteban lo menciona y dice: “A éste lo envió Dios como gobernante y libertador”. Así que sólo por el hecho de que ustedes rechacen al hombre que Dios envía, no quiere decir que Dios no lo envió.

“A éste lo envió Dios como gobernante y libertador por mano del ángel que se le apareció en la zarza. Este los sacó, habiendo hecho prodigios y señales en tierra de Egipto, y en el Mar Rojo, y en el desierto por cuarenta años. Este Moisés es el que dijo a los hijos de Israel: Profeta os levantará el Señor vuestro Dios de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis”

Moisés dijo que habría un profeta como él a quien los hijos de Israel debían escuchar.

“Este es aquel Moisés que estuvo en la congregación en el desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí, y con nuestros padres, y que recibió palabras de vida que darnos”

Notemos que Israel es llamado la iglesia, la congregación en el desierto. Moisés estaba con ellos, Moisés recibió las palabras de vida y habría de venir alguien como él.

“Al cual nuestros padres no quisieron obedecer, sino que le desecharon, y en sus corazones se volvieron a Egipto”

Así como los judíos estaban listos para hacer después del ministerio de Cristo.

“Cuando dijeron a Aarón: Haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido. Entonces hicieron un becerro, y ofrecieron sacrificio al ídolo, y en las obras de sus manos se regocijaron. Y Dios se apartó, y los entregó a que rindiesen culto al ejército del cielo; como está escrito en el libro de los profetas: ¿Acaso me ofrecisteis víctimas y sacrificios en el desierto por cuarenta años, casa de Israel? Antes bien llevasteis el tabernáculo de Moloc, y la estrella de vuestro dios Renfán, figuras que os hicisteis para adorarlas. Os transportaré, pues, más allá de Babilonia”

Ahora está comenzando a citar no solamente la historia, sino a los profetas.

“Tuvieron nuestros padres el tabernáculo del testimonio en el desierto, como había ordenado Dios cuando dijo a Moisés que lo hiciese conforme al modelo que había visto. El cual, recibido a su vez por nuestros padres, lo introdujeron con Josué al tomar posesión de la tierra de los gentiles, a los cuales Dios arrojó de la presencia de nuestros padres, hasta los días de David. Este halló gracia delante de Dios, y pidió proveer tabernáculo para el Dios de Jacob. Mas Salomón le edificó casa”

Se ha movido rápidamente al tiempo de la edificación del templo de Salomón.

“Si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta: El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? Dice el Señor; ¿o cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas?”

Esteban se encontraba hablando aquí en el área del templo y estaba diciendo: “¿Dónde está la casa que me van a construir? ¿Cuál es la gran importancia de tener un hogar en el que yo habite? ¿Acaso no saben que yo he hecho todas estas cosas?”

Ahora Esteban llega a su objetivo. Mira directamente a los ojos de las personas que lo escuchan y dice:

“¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al espíritu santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores; vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis”

Ahora bien, esto iba especialmente dirigido a estos hombres, ya que había personas allí de pie que habían contratado testigos falsos y le habían pagado a ciertos hombres para que mintieran; había personas allí prestas a cometer homicidio para preservar la verdad; había allí defensores, predicadores y maestros de la ley que estaban prestos a quebrantar la ley para proteger la ley. Esteban les dice: “Ustedes han recibido la ley por disposición de ángeles y no la han guardado”. ¿Suponen ustedes que les hubiera molestado tanto si Esteban no hubiera estado diciendo la verdad? —que estaban guardando la ley, que eran hombres honestos, que eran hombres que se

habían entregado a Dios, a la ley de Dios, a sus enseñanzas. ¿O es que realmente les estaba molestando el hecho de que estaba llegando al hueso, que era verdad y que eran culpables?

Porque *“oyendo estas cosas”, versículo 54, “se enfurecían en sus corazones, y crujían los dientes contra él”*.

¿Los enfureció? ¿Los habrá enojado un poquito?

“Pero Esteban, lleno del espíritu santo, puestos los ojos en el cielo”

Y en ese momento Dios le dio una visión; lo hizo porque el hombre estaba a punto de morir.

“Vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios”

Y no pudo soportarlo; tuvo que decirlo.

“Y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios. Entonces ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon; y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo”

Y adivinen quién era. Era Saulo de Tarso. Un hombre que habría de convertirse en el intelecto destacado de toda la teología cristiana, en el defensor más poderoso, en el apologista más poderoso, el predicador más poderoso del evangelio desde el propio Jesús. Saulo, quien sería conocido como Pablo.

“Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió”